

## Transformar la economía desde el Evangelio

Es una tarea de la vida consagrada. La gran opción del religioso y la religiosa al profesar el voto de pobreza es dedicar su vida a hacer lo más posible para pasar de una economía de la codicia y de la abundancia a una economía de la solidaridad y la sencillez; es una tarea apasionante. Lamentablemente la economía se confunde en nuestros días con una ambición imperiosa. El tener y el acumular acapara las mejores energías de muchas personas, familias, grupos, países; bulle dentro de nosotros mismos y de nuestra mente.

El mensaje cristiano vivido en la sencillez y en el compartir, aspectos propios de la vida consagrada, hay que saber presentarlo como una alternativa que nos llevará incluso a *unos mejores resultados económicos globales*. Vivir la economía en el seno de una comunidad puede llevar a destacar la típica gestión solidaria, sana y altruista de la misma. Así se evidencia lo auténticamente humano.

Es atrevido decirlo, pero resulta necesario hacerlo: un gran desafío que tenemos por delante es orientar la economía de nuestras comunidades hacia la propuesta consistente de un modelo económico diferente. *Ambiciosa propuesta, pero sustentada en lo mejor de la tradición de la vida consagrada y en el evangelio* y por supuesto en la doctrina social que la Iglesia ha ido elaborando poco a poco y que se ha convertido en un referente económico fundamental. Cuando damos ese paso la economía renovada se transforma en un lugar privilegiado de evangelización y de plena realización personal.

No hay duda que es urgente cambiar el modelo económico; el actual tiene los pies de barro. Ello traerá un nuevo rumbo para la humanidad. El modelo que tenemos *funciona mal, sus resultados son mediocres*. Se van presentando en este número de Testimonio varios de ellos: es un hecho que

el crecimiento económico no supone con frecuencia mayor bienestar para las personas y sobre todo para los pobres. No hay duda que son muchos los que –como motivación única y exclusiva de su proceder– tienen el afán de alcanzar la máxima utilidad y satisfacción; por tanto, su actuar básicamente es un lucrar fanatizado. Otro problema que tiene el actual sistema económico es el de las crisis recurrentes que afectan siempre a los más pobres; ello lleva a la escasez y a las desigualdades. La organización económica actual no distribuye bien los beneficios ni a nivel local, ni nacional o internacional. No se toma conciencia que cuando se posee lo superfluo se posee lo ajeno.

Todo esto hace que, con frecuencia, encontremos grandes dificultades para vivir de manera íntegra nuestra consagración. En consecuencia, estas causas del malestar económico piden mucha atención de nuestra parte.

En estas páginas repetidamente se nos habla de *una economía de comunión*. Para ello hay que partir de la igualdad y de la gratuidad. El comportamiento económico –como el político– es para la religiosa y el religioso una parte de su estar en el mundo y a él se le deben aplicar los mismos criterios de actuación que usamos en otros aspectos de nuestra vida. Eso se advierte en la presentación de varias de las experiencias.

La vida consagrada reafirma que la clave para que la economía funcione y haga bien a las personas y a la sociedad en su conjunto es introducir *la gratuidad* en la actividad económica. Así el proceder económico convierte lo económico en un espacio de don que, de hecho, es el objetivo de la que podríamos llamar la nueva corriente económica.

Para ello el amor a los demás y la sintonía y la compasión con los más necesitados deben ser el norte en este campo de nuestra vida. No podemos seguir utilizando los criterios económicos egoístas vigentes en la sociedad, sino que tenemos que cuestionarlos y transformarlos. No podemos seguir bajo “la dictadura de una economía sin rostro y sin un objetivo verdaderamente humano” (*Evangelii Gaudium* 55).

Así, el día a día económico de cada uno de los integrantes de una comunidad religiosa marcará el seguimiento de Jesús y la transmisión de la buena nueva: *el amor pasa también por lo económico y nos convierte en solidarios, generosos, sencillos, lúcidos frente al bien tener y audaces frente al pobre*. Ante la dictadura del dinero la vida consagrada tiene que convertirse en una alternativa creíble; ella sabe ir más allá de las meras palabras y testimoniar que la opción preferencial por los pobres y el destino universal de los bienes llenaría la tierra de seres humanos felices y multiplicadores de felicidad.

Que estas páginas sobre vida consagrada y economía no sean un texto más de los muchos que llegan a nuestras manos; que logremos convertirlos en

*una hoja de ruta para una real transformación de la economía, tarea que comienza por la transformación de cada uno de nosotros mismos y llega a ser muy fecunda cuando se hace auténticamente comunitaria.*

JOSÉ MARÍA ARNAIZ, SM  
*Director de Testimonio*